

**R. Chacel, *La sinrazón*, Barcelona, Editorial Comba, 2015, 705 pp.**

Es siempre motivo de alegría la reedición de obras olvidadas en el maremágnum de novedades que el mercado editorial ofrece hoy en día. Y más si se trata de una novela cumbre en la historia de la literatura española como es *La sinrazón* (1960), que ahora, con acierto, rescata Editorial Comba. Se trata de un caso particular, al igual que la novela: Comba es una joven editorial catalana cuyo propósito reside en crear un doble salto continuo – de ahí su nombre – con voces procedentes de Hispanoamérica y de España, recuperando obras relegadas y promocionando nuevas voces expresivas.

Extraordinariamente densa, en la *magnum opus* de Rosa Chacel – además, una de sus obras más queridas –, se percibe una clara voluntad estilística unida a una argumentativa y a una conceptual, que se erige como una poderosa construcción sobre el devenir humano. Sin abandonar sus intereses temáticos característicos – es decir, la oposición entre intimismo y sensualismo en los personajes, los conflictos psicológicos o el peso candente de la voluntad –, *La sinrazón* conecta, de manera excepcionalmente lúcida, con las pautas establecidas por José Ortega y Gasset en relación a la deshumanización del arte. Bajo la mirada contemporánea, puede parecer que la narración toma un punto de partida algo banal, como es el triángulo amoroso formado por Santiago, Quitina – su mujer – y Elfriede – su amante –. Sin embargo, la novela es, como sus personajes, abundante en manantiales subterráneos. Rápidamente, el triángulo pasa a ser un mero marco externo en el que se prodigan las disquisiciones existenciales, se multiplican los planos y las perspectivas y se desdibujan los límites de la palabra, lo que pone de manifiesto la voluntad renovadora de la autora vallisoletana.

Rosa Chacel vierte en *La sinrazón* su constante narrativa de un modo descarnado, sin ambages. Cifrada en múltiples claves alegóricas y de calado filosófico, la autora siembra, de manera novelada, el germen de lo que luego se convertiría en su conocido ensayo *La confesión* (1970). *La sinrazón* no se ciñe, sin embargo, a un simple (des)ovillado del intrincado tapiz que lo compone: el personaje principal, Santiago Hernández, va descubriéndose en sus cuadernos; una proyección, tanto mental como vital, de la autora. ¿Cuál es, entonces, la voluntad de *La sinrazón*? Mujer profundamente ambiciosa, Chacel idealizó *La sinrazón* como una novela totalizadora, no en busca de un pasado proustiano, sino de un presente certero. Así, lo absoluto de la Idea se bifurca y mece bajo la cotidianidad, en sus ritmos, en sus devaneos y en sus anhelos. El proceso transformador de Santiago, por tanto, constituye la prueba de que ha existido, pero sobre todo de que es, superando y trascendiendo las dudas del pensar. Ha logrado la plenitud. Es sustancia pura, destilada.

Asimismo, no debe olvidarse que *La sinrazón* fue gestándose de manera paulatina y paralela a la existencia de su época. De forma autoconsciente, Rosa Chacel incorpora a su obra el *Zeitgeist* tanto personal como colectivo: por medio de Santiago, hijo de su tiempo y de su circunstancia – de nuevo reaparecen las ideas orteguianas –, Chacel

fusiona los acontecimientos claves de la época. La culpa, los infiernos personales y el dolor de la tragedia no hacen sino articular, a través de un imbricado juego de símiles, el acontecer de lo humano. En relación a la génesis de *La sinrazón*, debe resaltarse que la misma editorial, Comba, ha recuperado también, bajo el cuidado de Ana Rodríguez Fischer, especialista en la obra chaceliana, *De mar a mar*, el epistolario entre Rosa Chacel y una jovencísima Ana María Moix. Comentando la lectura de *La sinrazón*, y movida por su curiosidad, Moix interroga a Chacel acerca del proceso creador de la novela, a lo que Rosa Chacel responde: “Si quieres saber cosas sobre el alma, bucea en el pantano de cabeza; en el fondo, allí entre los adorables sapitos, la encontrarás. Algo de esto apunté ya en *La sinrazón* [...] Interrumpí el libro varias veces, creo que pasé temporadas de más de un año sin escribir, pero además, en la concepción del libro tiene que figurar ese lapsus de silencio, que marca el ritmo de la marea. En una vida tan desorbitada tiene que haber un reflujó en el que lo cotidiano, lo común, lo normal en una palabra, se sedimenta, para que vuelva a interrumpir la vida peligrosa” (2015: 110). De este modo, Santiago no cae en reducciones maniqueas ni en rasgos histriónicos; él es su propio inquisidor y, aunque su fin es trágico, no podría ser de otro modo.

Descrita como “mi sentimiento de la vida” (2015: 116) por la autora, la anagnórisis concede como resultado una proteica voluntad bien conocida por Chacel: la existencia y vivencia del ser como creación que se transcribe, mística y poéticamente en *La sinrazón*. La búsqueda de la plenitud debe alcanzarse por medio de la inmersión en la angustia y de la asunción de la soledad y la culpa. Por consiguiente, se constituye como matriz y abismo a un mismo tiempo. “Bien sé que no es ofrenda de deleites,/ dura, amarga razón, conciencia viva;/ flores perplejas de la magna zarza”, ofrece Rosa Chacel en una de sus composiciones de su primer poemario, *Versos prohibidos* (1978). Como puede observarse, Chacel continúa atormentada años después por las mismas preocupaciones. No en vano, en el prólogo a ese mismo poemario, señala la importancia que tiene para ella la novela ahora recuperada: “Ya he hablado en otro sitio de las ‘pasiones de la razón’ y ésta es una de las más palpitantes —quiere decir de las que agitan el corazón al obrar o no obrar—”.

La ventana hacia el alma humana que abre Rosa Chacel ofrece una claridad reveladora tras la purga existencial. En esencia, es una búsqueda voluntaria de la disolución, y ésta es una vía para comprender mejor la novela. Los mimbres sobre los que se construye *La sinrazón* son nihilistas —imposible no entrever el influjo de Kierkegaard—, pero alcanzan la plenitud del sentido confesional de la obra: el hacerse ser en unas coordenadas vitales arduas, complejas e ingratas. La impronta del exilio.

Julián Marías, en su prólogo de 1989 a *La sinrazón* —y recogido de nuevo en esta edición—, señala que “la obra de Rosa Chacel no era fácilmente accesible: muchos libros estaban agotados, otros no se encontraban en España”. La última edición como tomo independiente en España data de 1994. Más de veinte años sin aparecer en las librerías. Anteriormente, había visto la luz en el primer volumen de sus obras completas, editadas por la Fundación Jorge Guillén (1989). Proyecto, por cierto, que culminó en 2004 con la publicación de sus diarios. Todo ello está ahora descatalogado. *La sinrazón*, desterrada durante un largo período. En el momento de su aparición, en

los años sesenta del siglo pasado, *La sinrazón* fue leída por solamente unos cuantos españoles exiliados y apenas por unos pocos, siempre de manera subrepticia, en el país. Ahora, la reedición de Comba provoca el sentimiento de haber encontrado un eslabón perdido, increíblemente necesario, en las letras españolas. Un eslabón particular, quizá no cronológico, quizá tampoco formal. No puede encasillarse en la literatura anterior, la llamada novela social, ni en el ciclo experimental posterior, ya que es un texto demasiado huesudo para ambas épocas. *La sinrazón* despunta por sí misma. Muestra impecable de maestría narrativa, la obra magna de Rosa Chacel emana variedad, consciencia, y, paradójicamente, razón en última instancia. A la autora le preocupaba el futuro de su obra, como así lo plasma en *De mar a mar*, y le angustiaba, en cierta manera, cómo los lectores del futuro, podrían —y de qué modo— llegar a su obra; es decir, Chacel era consciente de la extrema particularidad de *La sinrazón*. Gracias a Comba, el público en el que ella pensaba puede acceder ahora a su estimada novela, algo que no imaginaba. No cabe duda: el relato que ofrece Rosa Chacel en *La sinrazón* es una muestra de las fortunas perdidas en la historia de los olvidos. Una novela imprescindible, finalmente recuperada.

**Sergio Fernández Martínez**

**Universidad de León**

